

LA PEÑOLA,

SEMENARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON FARRILLO DE ALBORNÓZ,

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Un mes. 2 reales.—Trimestre. 5.

FUERA DE LA CAPITAL.

Un mes. 3 reales.—Trimestre. 8.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 40, bajo, y en las principales librerías de esta Capital. Toda la correspondencia dirigirla a nombre del Administrador DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

BELLAS ARTES.

LA MÚSICA.

(Conclusion).

El siglo XVIII fué gigante en su nacimiento y en su fin: la música se desarrolla, progresa, se eleva, llega á la perfeccion; profundos maestros escriben libretos inmortales, obras grandiosas inspiradas ya en las leyendas, ya en el drama. Se construye el piano, y con éste elegante y armonioso instrumento nada parece faltar á Orfeo que dá inspiracion para las primeras sonatas, riqueza y sentimiento á la ópera, pasion á los primeros nocturnos, brillantez y gracia á las canciones populares, energia y vigor á los himnos patrióticos.

Entonces la música, á imitacion de las demás artes, se divide á la par que se multiplica en escuelas, en géneros, en estilos fundados bien en las obras recopiladas de una nacion, bien en el gusto adoptado por vários artistas ó en el de un maestro sobresaliente, bien en el método de reputados compositores que hicieran una revolucion en tan sublime arte.

Italia y Alemania llenas de emulacion y entusiasmo, trabajan con ardimiento y sin descanso por superarse la una á la otra, pero apenas si lo consiguen, porque si la segunda es la autora de la música profunda y clásica, severa y grave, la primera es la madre del sentimiento, de la dulzura, de la ternera.

Las notas alemanas arrancan pensamientos á nuestra frente, las italianas lágrimas á nuestros ojos, suspiros á nuestros lábios: aquellas hablan al alma, éstas al corazon: las unas nos elevan á regiones desconocidas y nos hacen sentir la sed ardiente del deseo; las otras nos sumergen en los misterios de la tierra dejando un incomprensible vacío en nuestro pecho, y las dos nos conmueven, las dos cautivan, las dos embelesan.

Id sino á escuchar á Meyerbeer y á Verdi; id á oír *El Profeta* y *El Trovador*, y en estas dos inmortales obras encontrareis la diferencia que existe entre el cielo y la tierra. Verdi arrebató, y el amor, la ternura, el alma, rebosan en cada nota suya, palpitan en cada acorde: no se puede oír su Trovador sin que el corazon lata precipitado, sin sentir sobre sus fibras el fuego de la pasion, la emocion y

la inquietud del entusiasmo. No es menos grande tampoco Meyerbeer; en el Profeta el maestro alemán es sublime; apasionado y ardiente pero siempre grave, arrebató también, también conmueve, y tiene un no sé qué de misterioso que hace descender sobre nuestra frente todo un mundo de tristes pensamientos.

Génios colosales, esos dos maestros son como Cherubini con su *Ave-Maria*, como Beethoven con la *Sonata patética*, como Thalberg con su *Angel caído*, penetran en el santuario de nuestro pecho, abren nuestro corazon, arca sagrada de los sentimientos, foco incomprensible de las pasiones, lago sin fondo, abismo insondable, y depositan en él un beso que deja un vacío y murmuran una palabra de fuego que se pierde en sus espacios.

¡Ah! sí, la música es sin duda el arte más divino, el que más nos separa de la grosera materialidad de la vida, el que más nos eleva, el que más nos trasporta. El ser más indiferente, el más frío se conmueve al escuchar una melodía, y si ésta es de Schuber del melancólico alemán, del autor de *Amor sin reposo*, de ese rey del sentimiento que ha cantado á María y que en el pentagrama ha sabido hacer el elogio de las lágrimas, entonces la emocion es más grande, entonces el frío y el egoísta sienten y tal vez en un momento de atraccion, mejor de embeleso, una lágrima titila en sus siempre secos ojos.

Y es también que Schuber es todo sentimiento, todo fé, todo creencia; es que sus melodías son como las del monte Abakat; es que sus notas son poemas, poemas sus armonías, sus cantos oraciones.

Y si buscáis la fé religiosa en la música, id á escuchar la misa de Rossini, id á aspirar el misticismo de esa produccion arrobadora hasta en sus ecos; id á orar al compás de su grave dad, á sentir su severidad deliciosa. Es grave, sí, pero arranca suspiros, es profunda pero todos la comprenden, la comprende hasta el ateo, y el ateo piensa cuando escucha la Misa inmortal.

Rossini, el autor del Barbero de Sevilla, el cantor de Pésaro, el que elevó cien plegárias al cielo, es grandioso en todas sus composiciones porque en ellas reúne á la riqueza de la poesia, el talento en los detalles y mucho de especial y clásico en el conjunto, pero en su Misa es gigante ese génio que poco despues de escribirla plegó sus alas para buscar la tierra.

La música puede decirse que es irradiosa; tiene como el arco iris sus bordados y colores, como el cielo, azul y estrellas, como la noche luna, como el día sol, fluido como el éter y como la esperanza fantasía.

Así Leybach el alsaciano, ese viajero incansable que lleva por todas partes su inspiración inagotable, adopta un estilo especial y busca en la gracia y en la fantasía, en lo ligero y dulce, el asunto para sus concepciones: no hay más que oírle para decir: «su música es puramente francesa.» De tal manera y tan fielmente imita en ella el carácter francés; es decir, está salpicada de encantos y atractivos, sin seducir a traes.

Más aún; tiene como la española algo de *suy géneris*, mucho de tradicional. Y decimos tradicional porque España es sin disputa el país de las tradiciones: en ellas se empapa el arte de Orfeo: valdrá aquí ménos, será ménos clásico, ménos profundo, pero no por eso es ménos bello. Una malagueña aduerme; es lánguida, apasionada, ardiente. Si quereis arrobaros id á oírle á Andalucía, ese vergel encantado: pasad á Granada, y en una noche tranquila de estío sentaos al pie de los labrados muros de la Alhambra, bajo sus preciosos pórticos, junto á sus elegantes columnas ó sus moriscas fuentes, y os creereis trasportados á un eden oyendo al enamorado andaluz cantar uno de esos aires árabes al compás de su guitarra.

Italia también tiene mucho de meridional y ardiente en su música; en ella se agita el volcán de las pasiones, y por eso Donizetti en *Lucia* y Bellini en la *Norma*, nos hacen desear un mundo desconocido de goces, un paraíso ignorado de placeres. Parece que esos dos talentos bebieron su inspiración en el golfo encantado de Nápoles ó en las voluptuosas florestas del monte Albano, en el Arno ó en el Adriático.

Si alguna vez han cantado á la Virgen lo han hecho sin el misticismo y sublime castidad que los alemanes, y en cambio éstos jamás elevaron armonías tan sensuales á la Fortuna ni á las Gracias, ni á Venns, ni á Cupido.

Diferentes son las escuelas, muchos los estilos y los géneros del arte musical, así como son muchos los talentos que le han enriquecido, pero sobre todos descuellan el género y los compositores alemanes, y entre éstos, Beethoven, Mozar, Weber, y Meyerbeer por lo clásicos, por lo profundos. Especialmente los dos primeros son los príncipes del talento musical, los que al agitar con sus manos la dorada arpa de Orfeo, han escrito sus nombres con caracteres eternos é indelebles.

Las naciones pronuncian su nombre con entusiasmo y admiración é incesantemente les tegan la corona de la gloria. Y entre tanto los pueblos todos rinden culto ferviente al arte divino como á una de las muy pocas bellezas que hacen ménos repugnantes las miserias que les afligen. Y tan grande es su poder, tanta su maravilla y su riqueza, que no habría en la tierra tesoros bastantes para pagar cuanto se ha escrito sobre el pentágrama.

Porque no es la música el conjunto de sonidos arrancados de un instrumento cualquiera, es una voz misteriosa que grita en el espacio y le habla de ecos, es el alma hablando, es el lenguaje fascinando y seduciendo, es la seducción más dulce, que ménos se esfuerza y que más se desea; es la fascinación que ménos enloquece y que más extasia, es en fin, el éxtasis más sublime porque en él existe lo más profundo, lo más grande de la vida.

Así, cuando al caer de la tarde oímos una melodía vaga como los resplandores del crepúsculo y como su luz melancólica, sin querer nos acordamos del cielo y pensamos en un más allá. Y si estamos tristes se hace pura nuestra tristeza y si alegres, expansiva nuestra alegría, y lloramos ó

reímos al mismo tiempo que se infiltra en nuestro espíritu la esencia de una nota saturándole con un perfume embriagador.

Entonces ante el poder tan inmenso de la música, ante la grandeza de tan maravilloso arte, la naturaleza se agita y el cielo abre sus puertas al génio y le mira y le acaricia y le canta.

REMIGIO VEGA ARMENTERO.

MISERIA Y AMBICION.

CUENTO.

Vivia en el pintoresco pueblo de X... un jóven á quien la fortuna había sonreído en sus primeros años.

Hijo de unos ricos comerciantes, la bancarrota llamó á sus puertas, en ocasión que la parca fiera cortaba de su padre el precioso hilo de la existencia; su madre, viuda y pobre, no pudo resistir el dolor que la produjo semejante acontecimiento y también murió á los dos meses de su esposo.

Julio, que así se llamaba el jóven, quedó pues, huérfano y sin recursos.

Su familia y los rústicos habitantes de X... lloraron por algun tiempo su desgracia, respetando su nobleza y sentimientos; pero aumentó el cúmulo de sus desventuras, perdió los pocos intereses que sus padres le habían dejado; y aquellos á quienes tantas veces prodigó con desinterés una parte de sus cuantiosos bienes, trocaron el fingido llanto por el insolente desprecio, y el respeto doloroso por el abandono más indiferente.

Humillado y escarnecido, mil veces quiso poner fin á su miseria y otras tantas desistió de su proyecto por falta de recursos.

Él era buen marino; de pequeño había mostrado gran afición á la marina, y sus padres, que no sabían negarle el mas insignificante de sus deseos, le dieron esa carrera tan brillante, en la que sobresalió á los pocos años.

No obstante, acostumbrado á una vida sedentaria, el trabajo le era insoportable; de imaginación viva y ardiente, sufría mucho al contemplar su lastimosa situación, que aparecía á sus ojos todavía más triste con el recuerdo del lujo y la abundancia que acariciaron su niñez.

En tal estado le encontramos meditando bajo la frondosa copa de un corpulento árbol, desde el cual se descubría la inmensa superficie del Océano.

Era una hermosa mañana de la primavera; el sol esparcía sus ténues cintas púrpura y oro sobre la tierra y los bellos pajarillos dejaban oír sus melodiosos trinos á su contacto dulce y vivificador; la naturaleza se había engalanado con sus mas preciosas joyas, ostentando con orgullo su hermosura, y el celeste dosel había desplegado su belleza ante un espectáculo tan sublime.

Todo en fin, era alegría en derredor de Julio; solo su alma abrigaba un pensamiento tétrico, como lo daba á conocer su melancólica mirada, que fija sobre el trasparente Océano, parecía buscar con impaciencia algun objeto

Sus movimientos nos lo vinieron á demostrar despues.

Un buque apareció en el cristalino espejo del mar y una sonrisa se dibujó en los macilentos lábios de Julio.

¿Por qué sonreía cuando su alma estaba desgarrada por el dolor?

Entretanto el buque siguiendo su rumbo, ancló en el puerto de Santander; y Julio, cuya mirada había permanecido fija en la estrella, sin duda de su porvenir, abandonó aquel lugar mudo testigo de su desgracia, y tomando el camino de la ciudad aceleró contra costumbre su paso, consiguiendo traspasar sus muros á las pocas horas.

Allí supo que el buque era mercante, procedente de la California y que necesitaba marineros.

Se dirigió al puerto, habló al capitán y al poco tiempo se oía sobre cubierta el ruido de una orgía que se celebraba en honor del nuevo compañero.

Levaron anclas á los quince días durante los que logró captarse las simpatías de la tripulación y del capitán, que le hizo su contra maestre, probados que fueron sus vastos conocimientos náuticos.

El tiempo seguía bonancible; el mar estaba sereno, y el buque se mecía en las juguetonas olas con la coquetería propia del que conoce su gallardía y donosura.

Así pasó algún tiempo durante el que cruzó el proceloso Océano, volviendo otra vez con cargamento para Santander.

Una mañana en que el cielo estaba cubierto de negros nubarrones y el huracán silbaba con violencia, se levantó Julio muy sombrío; en su semblante joven y hermoso se retrataba la terrible tempestad que en su mente se había desencadenado; su mirada antes dulce y apacible, era hoy fiera é iracunda; sus mejillas sonrosadas, ostentaban una palidez mortal; sus negros y sedosos cabellos, estaban erizados; no había duda, una gran revolución se había verificado aquella noche en el ánimo de Julio.

De guardia sobrecubierta á consecuencia del mal temporal, al contemplarse solo, lejos de su patria, y siervo de uno que en tiempos mejores hubiera sido su esclavo, no pudo reprimir su ira, nació en su impetuoso corazón el deseo de ser más; y la ambición, centinela avanzado del crimen, le prestó sus alas inculcándole la terrible idea que momentos después había puesto en práctica.

En aquel instante se abrió la puerta de su camarote y un atlético marinero dejó ver su figura colosal.

—¿Qué quieres? ¿por qué vienes á molestarme? le preguntó Julio bruscamente.

—Vengo, respondió el marinero, porque el monstruo horrendo, cansado de ser amable, nos enseña sus aceradas garras, intentando con ellas destrozarnos la débil armadura de nuestro buque.

—¿Hay tempestad? preguntó con ansia.

—Sí; y el viento nos es contrario.

—¿Tenemos algún puerto próximo?

—No se vé ninguno.

—¿Se divisa tierra firme?

—Tampoco; estamos muy distantes de ella.

Otra sonrisa se delineó en los labios de Julio, que cogiendo de la mano al marinero, le introdujo al interior del camarote. Cerró la puerta con cuidado y acercándose á él le dijo.

—Pedro, ¿podré tener confianza en tí?

—Cual la tendrías en vuestro padre.

—Juras, pues, guardar secreto de lo que te confie?

—Lo juro por el alma de mis antepasados.

—Bien, acércate y escucha. Hoy es un terrible día para mí; hoy es el aniversario de aquel día fatal en que perdí para siempre el tesoro de mi amor y la riqueza, base de mi fortuna; nací noble, y soy esclavo. Por mucho tiempo he reprimido los deseos de mi corazón que ambicionaban riquezas; por mucho tiempo la estrella de mi destino ha estado oscurecida; hoy es necesario que brille en todo su esplendor; necesito ser rico y lo seré. ¿Podré contar contigo para ello?

—Hasta la muerte.

—Entonces, no hay tiempo que perder; tu camarote está contiguo al del capitán, abre en él un boquete capaz de dar paso á un hombre, déjame tu traje, toma, ponte ese mio provisionalmente y vete á dirigir las maniobras procurando no darte á conocer.

Pedro obedeció, pero impelido por la curiosidad se atrevió á preguntar:

—¿Qué es lo que intentais hacer?

—Después lo sabrás, vete.

Pedro salió pensando en lo que Julio le había mandado, y Julio quedó abismado en su camarote. Una voz secreta le decía «detente», pero otra voz más fuerte gritaba á su oído: «adelante, si te detienes, la miseria y la esclavitud te seguirán hasta el sepulcro; si avanzas, los placeres te sonreirán y tu vida será un continuo paraíso». Fascinado y loco exclamó con la voz, «adelante» y empezó á vestirse el traje de Pedro.

El infeliz iba á dar el primer paso en la resbaladiza senda del crimen, senda erizada de punzantes espinas, y para ello necesitaba una máscara que ocultase su semblante á la faz del mundo, como si aquel disfraz pudiera mitigar los dolores que más pronto ó más tarde había de producir el fatal veneno que iba á derramar en su corazón.

(Se continuará.)

JULIAN GRIMAU.

LA COSTILLA DE JUAN.

Era alta, delgada y fea.

Se llamaba Mónica, y *sin embargo*, había sido preciosa.

En sus buenos tiempos, era una huri del paraíso.... del Real.

Allí la conoció Juan, oyendo cantar á la Patti, cierta noche que había un lleno completo.

En el paraíso se sudaba á todo vapor.

La rodilla de Juan, tropezaba *la idem* de Mónica. Esta entonces, estaba en el apogeo de su belleza. Tenía unos ojos negros, con unas ojeras muy oscuras y muy pronunciadas: un color pálido, muy pálido que la daba cierto aire interesante; una boca de rosa, unos dientes de perlas y un... aquello era una bendición de Dios!

Así lo comprendió Juan, y sin duda también su pié lo pensó, pues buscando el de Mónica, le pisó ligeramente. Ella le retiró enseguida y de sus magníficos ojos brotó un rayo de indignación, que fué á abrasar el corazón de Juan.

—V. dispense, la dijo éste; he tropezado sin querer, lo cual no tiene nada de extraño; tiene V. unos ojos capaces de hacer tropezar á cualquiera.

—Si?... qué gracioso es V. hombre! Pues no comprendo cómo estando sentado ha podido V. tropezar.

—Pues, ahí verá V.

—Es que sin duda me ha tomado V. por una de esas... y está muy equivocado caballero, porque mi papá fué administrador de loterías mas de veinte años y si no llega á morirse D. Dimas, el vecino del segundo, que era muy amigo de mamá, á estas fechas, quizás tendríamos coche y....

Siguieron hablando toda la noche. Cuando salieron del teatro, Juan acompañó hasta su casa á Mónica y á su futura suegra. Tenían huéspedes. Al día siguiente, Juan había cambiado de patrona. Dos meses después entraba en la vicaría y á los seis próximamente de su nuevo estado empezaron sus desdichas.

Mónica estaba en estado interesante. Juan venía tarde de la oficina y á su mujer la daba un ataque de nervios.

—¿Ves, decía doña Restituta, ex-patrona y suegra en todo el auge de su poder, tú tienes la culpa, ingrato! pérfido! al fin hombre. Ella suspirando por tí, y tú entretanto quizá andarías por ahí, sabe Dios con quien... ¿Por qué has venido tan tarde?

—Pero, si es que he tenido que concluir un espediente y no he podido menos y...

Juan sudaba la gota gorda, para convencer á su

mamá política. Medio convencida ésta, volvía á la vida Mónica y entre ella y la mamá armaban otra pelotera al pobre Juan.

Qué volvía de la oficina y encontraba á su muger agradablemente entretenida con un señorito, hijo del don Dimas amigo de la mamá, y el buen Juan se escamaba, porque aquellas visitas eran demasiado frecuentes y siempre cuando él no estaba en casa.

Sin embargo, callaba por no turbar la paz conyugal; pero apenas entraba, se marchaba el señorito y enseguida su muger empezaba.

—Eres un celoso, desconfiado. Creerías encontrarme fuera de casa, verdad? Pues te has equivocado, si señor. Yo bien te conozco; á ti no te gusta que venga D. Luis... pues le aguantarás, porque es muy amigo mio y si no hubiera sido por su padre, sabe Dios si viviria yo ahora... El buen D. Dimas, quién le hubiera dicho que habia de sufrir yo así... él, que me quería como á una hija... Dios mio! qué desgraciada soy...

Y Mónica lloraba un poco, y por final la daba otro ataque de nervios.

Juan socorría á su muger como podia, oyendo un par de sermones de su suegra y callaba y sufría, porque estaba Mónica en estado interesante; y á quién no interesa una muger en tal estado?

Por fin una noche se oyeron ruidos, gritos y quejas; subieron y bajaron, entraron y salieron, el perro del portero ahulló al oír una murga que ladraba mejor que él, las comadres del barrio acudieron y... Mónica dió á luz un robusto infante: tan robusto vino al mundo, que á los cuatro dias murió de un ataque de alferecía.

Durante un mes, Juan tuvo que sufrir las mil y una molestias de su esposa, conmovida por la muerte de su hijo

Afortunadamente, durante aquellos treinta dias murió su suegra, á consecuencia de un atracon de sandía y Juan respiró fuerte,

Se le habia quitado un peso de encima. Ahora viviré en paz, pensó.

Pero su muger, que ya no se desmayaba, se hizo coqueta.

Para consolarse en su soledad, mientras su marido trabajaba en la oficina, ella se distraía recibiendo visitas muy largas del D. Luisito, y si este no iba, ella salía á paseos frondosos y retirados y todas las noches iba al teatro ó á bailes de sociedad

Llegó á noticia de su marido, este la reprendió dulcemente, no se atrevió á darle una paliza que era por donde debia haber empezado, y Juan Gomez, se convirtió en Juan Lanás.

Un dia Mónica, salió de un baile mas sofocada que de costumbre y menos abrigada: una pulmonia que esperaba un pecho, se refugió en el suyo y Mónica estuvo á las puertas de la muerte.

No quiso pasar adelante y vivió, pero muy delicada. Entró en la convalecencia terriblemente delgada, unas viruelas la desfiguraron el rostro, adornándole con multitud de hoyitos y su cara tomó el aspecto de criba. Al mismo tiempo su delgadez siguió en proporcion de su altura.

Por cada libra de carne que perdía, aumentaba un centimetro en estatura, y cada dia amanecía mas espantosa.

Era una consuncion especial. Se volvió de una muger interesante en una muger horripilante.

Era mas que fea.

Lo conoció, cosa rara en una muger, y entonces, que el hijo de D. Dimas no la visitaba ya, se dedicó á su marido.

Le quería con un cariño empalagoso, y todo era acari-

ciarle y mimarle y Juan se cansó de su muger. Enamorado de la belleza, única dote que Mónica tenia, como ésta no se habia hecho querer de su marido, este se horripilaba á cada abrazo de su costilla. El la llamaba «mi espinazo» y efectivamente, aquello no era muger, era una espina con faldas.

Juan se hizo vicioso.

Escarmentado de las mugeres, se dedicó á los licores, mientras esperaba la muerte de su adorada mitad. Pero esta era un problema viviente. A Juan le preocupaba muy á menudo la relacion que entre la altura y delgadez de su muger pudiera establecerse. Una noche llegó á su casa menos sereno que de costumbre y mas preocupado que habitualmente.

—Pues es más delgada, decia por el camino dando un traspies....

—No... es más alta.

Y ocupado con tales ideas y describiendo mil curvas, llegó á su casa.

Mónica, tan cariñosa como siempre, le abrió la puerta recibéndole en sus brazos.

—Pues es más delgada, pensó al recibir el abrazo de su esposa; pero al mirarla...

—No!... es mas alta... Ahora lo veré; y enarbolando el baston la midió las costillas.

Al dia siguiente, la resolucion de un problema, habia costado una muerte.

Mónica fué á reunirse con su mamá, y Juan, al contemplar el féretro donde la conducian, arrepentido sin duda de la medida del dia anterior, exclamó:

—No vuelvo á enamorarme ni en el paraíso!

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

CHARADA.

Con una *prima*, tres y dos jugaba
Rosa, dos tras *primera* de vestido;
en tanto una *primera* con *segunda*
prima con dos, pedazos de ladrillo.
Desnudo un *cuarta* doble, doble *prima*
de una cabra que estaba junto al rio;
y hecho un *prima* con *cuarta* tras *tercera*
cerca de allí, dormía un galleguito.
Al ver tal cuadro, un *todo*, que pasaba
dos varias veces, hizo divertido,
y entonces Rosa, *cuatro* con *segunda*
se puso de corage y de fastidio,
echando á aquel intruso que se iba
á *cuarta* y *prima* para ser latino.

(La solucion en el próximo número.)

Solucion á la charada inserta en el
número anterior.

AVE.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.

ANGUSTIAS, 1.